



PENSADORES DEL SIGLO XX. Julia Kristeva, Jean Baudrillard y Jacques Derrida./ AP/ EFE

IÑAKI ESTEBAN

En épocas en que arreciaron fuerte el relativismo y la deconstrucción, allá por los años ochenta y noventa, circuló un chiste, o un dicho, que no era como tirarse al suelo de la risa, si bien desvelaba el estado de la cuestión. Va un relativista a un bar, pide un café con leche y el camarero le sirve un cubata de ron. El relativista se queja con malos modos y el barman, asombrado, le contesta: «¡Ah! Pensaba que todo es relativo».

Que cualquiera tenga unas razonables expectativas sobre un servicio solicitado indica que la persona piensa en que hay una realidad no siempre relativa. De momento, un café con leche es un café con leche, por mucho que lo deconstruyamos. La vida diaria se asienta en la confianza del entendimiento mutuo, aunque a veces se produzca la desagradable sensación de que nadie entiende a nadie.

Todo esto podrá parecer a algunos de una obviedad insultante, pero hubo un tiempo en que, detrás de la verdad, siempre se escondía algún nefando interés del poder. Unos tuvieron más culpa que otros en la creación de este estado de cosas relativista. Meter en el mismo saco a Foucault y a especuladores efectistas como Baudrillard no ayuda gran cosa. Pero es verdad que fueron ellos, los filósofos franceses, los que introdujeron la relatividad cultural y el desprecio a la verdad en los campus universitarios norteamericanos. Después vino lo peor: los cientos de epígonos con puesto de profesores.

Esta es la historia que con un ritmo y una penetración admirables cuenta François Cusset en 'French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual de Estados Unidos'. Cusset empieza su gran reportaje de ideas con el llamado 'caso Sokal'. En 1996, el científico Alain Sokal envió un artículo a la revista 'Social Text', un sinsentido que empleaba la jerga oscura de los deconstruccionistas y que llevaba por título 'Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica'.

El cinismo sobre la verdad y sus peligros

Cinco ensayistas se rebelan contra la idea de que todo es relativo y advierten sobre las consecuencias de la mentira

No decía nada, pero se lo aceptaron, citaba con profusión a Derrida y a Julia Kristeva, y la broma puso de relieve la impostación intelectual de los epígonos de los franceses, y también algún exceso científico bastante vulgar de Sokal y compañía, según los cuales todo aquello que no pase por el laboratorio y la fórmula matemática no vale un pimiento. En fin, no es para tanto. El documento más espectacular del libro es una fotografía de Baudrillard con una chaqueta color platino, leyendo un texto en el escenario de un casino de Nevada, un signo del exceso mercantil al que llegaron los gurús del anticapitalismo. Pero, si la verdad es relativa, ¿por qué no dar clase al lado de la máquina tragaperras, en vez de en un aula que reproduce el siste-

ma represor?

La reacción ha tardado en llegar. Pero ha llegado. En 2005 se publicó en España el libro de Michael O. Lynch 'La importancia de la verdad'. Para una cultura pública decente, que parte de una pregunta muy básica y a la vez trascendental: ¿es lo mismo que Bush -o cualquier otro político, cabría añadir- mintiera sobre las armas de Hussein? La respuesta que sale a bote pronto es que no, que no es lo mismo, y esas intuiciones de la vida ordinaria deben aprovecharse para sonsacar la verdad que encierran.

¿Qué sería de los derechos humanos o de la ética en los medios de comunicación sin la verdad? ¿Cómo se podría ejercer la crítica o aspirar al conocimiento sin ella? No hay manera. Practicar ese proceso por

el que se llega unas certezas, siempre revisables, trae beneficios y sólo perjudica al interesado mentiroso. Como dice Lynch, el problema con la verdad reside en que algunos la ven como algo inmutable y eterno -los 'valores de siempre'-, y otros como una perfecta copulación entre la mente y el objeto. Y no es eso. La verdad consiste en un esfuerzo compartido por el que se llega a un acuerdo, sea científico, social o sencillamente vital.

Que la verdad importa lo prueban los 200.000 ejemplares que ha vendido Harry G. Frankfurt de su libro, casi manifiesto, titulado 'On Bullshit', una expresión inglesa que los editores españoles han dejado tal cual, y que se refiere a la basurilla palabarrera que emite alguien con la intención de llevarse el gato

al agua. La charlatanería no es exactamente ni verdad ni mentira. Su significado tiende a cero. Uno puede estar hablando durante horas sobre las glorias de la patria sin decir nada. O puede aguantar decenas de tertulias mediáticas pronunciando con solemnidad cuatro vaguedades. Todo eso es 'bullshit', según dice Frankfurt en este libro de escritura clara y nítida argumentación.

Las sociedades liberales necesitan de la verdad para seguir siendo tales. Lo explicó el conocido filósofo de Cambridge Bernard Williams, fallecido en 2003, en su último libro 'Verdad y veracidad'. Los ciudadanos confían en sus representantes si son veraces, si una persona ajena a sus negocios puede verificar que todo aquello que han dicho se corresponde con lo que han hecho o con lo que realmente piensan que van a hacer. Si se produce un grieta entre lo dicho y lo ejecutado o previsto se raja el sistema democrático. Las mentiras son el instrumento en las que se asientan las tiranías. Por esta razón, un mentiroso político es un dictador de facto o en potencia.

El último libro en llegar a las librerías sobre estas cuestiones se titula 'La verdad. Guía de perplejos' del también profesor de Cambridge Simon Blackburn. Pensemos en aquellos que tienen un idioma, una cultura y unas tradiciones muy distintas de las nuestras. ¿Será para ellos la verdad lo mismo que para nosotros? O también se podría preguntar: ¿valdrá la misma verdad para los hombres que para las mujeres? Blackburn recurre a Hume para introducir un poco de racionalidad en todas estas dudas que se disparan con facilidad. El contexto, las circunstancias y las costumbres que se derivan de ellas explican las diferencias, sobre una base común, la humanidad, dice Blackburn con el eco de Hume.

Los cinco libros, a cual mejor, revelan que los días de la furia deconstruccionista han pasado, que su lenguaje se ha vuelto obsoleto y que la verdad no es un absoluto sacralizado sino una discusión permanente para acercarse mediante pruebas y argumentos a la realidad.

■ i.esteban@diario-elcorreo.com



BIBLIOGRAFÍA

► Simon Blackburn. 'La verdad. Guía para perplejos'. Trad. Antonio-Prometeo Moya. Crítica, Barcelona, 2006. 24,95 €

► François Cusset. 'French Theory. Foucault, Derrida,

Deleuze & Cía y las mutaciones de la vida intelectual de Estados Unidos'. Trad. Mónica Nasi. Melusina, Barcelona, 2005. 23 €

► Harry G. Frankfurt. 'On

Bullshit. Sobre la manipulación de la verdad'. Trad. Miguel Candel. Paidós, Barcelona, 2006. 8 €

► Michael P. Lynch. 'La importancia de la verdad. Para una cultura

pública decente'. Trad. Pablo Hermida. Paidós, Barcelona, 2005. 18 €

► Bernard Williams. 'Verdad y veracidad'. Trad. A. E. Álvarez y R. Orsi. Tusquets, Barcelona, 2006. 19 €